

DISCURSOS

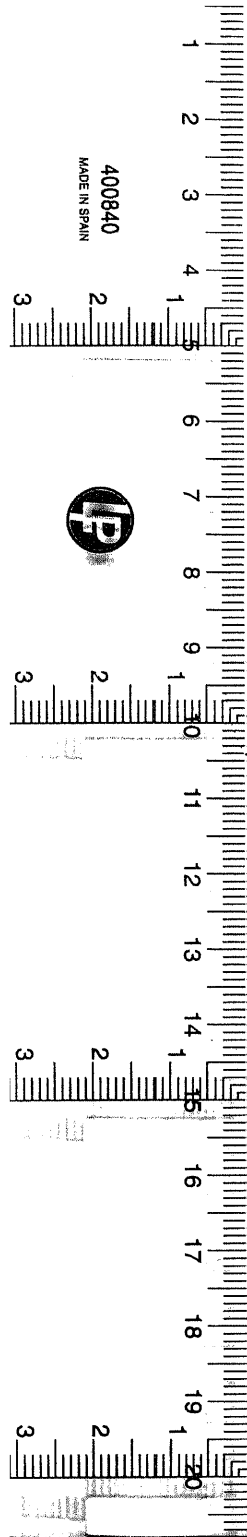
PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. JOSÉ SARAMAGO

PRESENTADO POR

D. MIGUEL GÓMEZ OLIVER

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MMI



DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. JOSÉ SARAMAGO

PRESENTADO POR

D. MIGUEL GÓMEZ OLIVER

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MMI

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. JOSÉ SARAMAGO

b: 13324858
i: 152 2 160x

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MMI



DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL DOCTOR DON MIGUEL GÓMEZ OLIVER
CON MOTIVO DE LA INVESTIDURA DEL DOCTOR DON
JOSÉ SARAMAGO

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSOS ACTO INVESTIDURA DOCTOR "HONORIS CAUSA".

Edita: Universidad de Granada

Printed in Spain

Impreso en España



Excmo. Sr. Rector Magnífico,
Excmos. Sres. Vicerrectores/as,
Ilmos. Sres. Decanos/as,
Claustro de Doctores/as y Profesores/as,
Autoridades,

Cuando el equipo de gobierno y la Comisión Permanente de la Facultad de Filosofía y Letras tomaron la iniciativa de proponer a José Saramago como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Granada, tuvieron en cuenta la extraordinaria valía del escritor portugués que ya le había hecho merecedor del Premio Nobel de Literatura en 1998 (el primero en la lengua de la República hermana), que desde una Facultad como la nuestra, donde la enseñanza y el estudio de las literaturas producidas en los diversos idiomas marca una fuerte impronta y constituye uno de sus principales rasgos, valoramos de forma especial.

Igualmente quisimos destacar su larga y limpia trayectoria de intelectual comprometido con la lucha por la justicia, los derechos

de los más desfavorecidos, la transformación social y la recuperación del sentido humanista de la vida, otra característica en la que la Facultad de Filosofía y Letras, dedicada al cultivo de la tradición y la innovación en el campo de las Humanidades, donde nada humano queremos que nos sea ajeno, ha destacado históricamente en esta Universidad por su capacidad de respuesta a los conflictos, problemas y sueños de una humanidad en plena transformación sometida a fuertes convulsiones y desigualdades. Desde la pluralidad, en la medida de nuestras posibilidades y en el campo que estrictamente nos compete: la investigación y la docencia en disciplinas humanísticas, se ha esforzado y se esfuerza para lograr una sociedad más justa, libre, crítica, igualitaria y solidaria.

Por estas razones, hoy que, como Decano de la Facultad de Filosofía y Letras tengo el honor de apadrinar a José Saramago en el acto de investidura como Doctor Honoris Causa, mi discurso de laudatio se centrará en esos dos elementos: su valía como escritor y su compromiso como intelectual.

José Saramago empezó siendo poeta. ¿O acaso no es poeta quien una vez dijo:

*¿En qué lengua se dice, en qué nación
en qué otra humanidad se conoció*

*la palabra que ordene el desconcierto
que en este remolino se tejió?*

Y, probablemente, el mejor Saramago está en su poesía. No es solo mi opinión, sino la de uno de los mejores conocedores de su obra, Fidel Villar Ribot de quien tan deudor es este discurso que bien pudiera ser suyo más que mío.

No es la ocasión de realizar un análisis exhaustivo de los valores literarios de la obra de Saramago. Otros mejor armados que yo para la Crítica Literaria ya lo han hecho. Sólo trato de desvelar aquellos elementos que a mí me han enredado en la trama de sus libros de la que no me quiero desliar.

El primero de ellos es la idea de que habitamos en la memoria. Un habitar que muestra la unidad del individuo y de la Historia en la medida en que, si la memoria es algo en la que uno puede reconocerse siempre que la respete y la asuma, la memoria es espejo de la verdad.

¿O no es memoria aquel abuelo que poco antes de morir salió al huerto para despedirse de cada uno de los árboles que él mismo había plantado?. Ese abuelo fue el de José; podría ser el nuestro, el de todos. Pero también habitar en la memoria es habitar en la Historia. La de cada uno, nuestra pequeña historia y la de todos,

la Historia de la Humanidad. Con minúscula o mayúscula, pero sin “faltas de ortografía”.

También la Historia en el caso del escritor es la palabra. Porque el escritor (y esto es recurrente en la obra de Saramago) usa palabras gastadas.

*“Pongo sobre el papel palabras muertas,
como sellos lamidos de otras lenguas
o insectos atrapados por sorpresa
en el rigor impersonal de un alfiler.
De palabras sacadas a subasta
lleno escenarios de bostezo y pasmo:
en las puertas me muestro, engalanado,
vendiendo flores secas por entradas.
Quién pudiera saber de qué manera
las palabras son rosa en el rosal”*

Palabras gastadas, sobadas, lamidas, pero que, a fin de cuentas, son las palabras del hombre. Palabras que sirven para llevarnos de la estatua a la piedra, de la apariencia a la realidad descarnada. Las palabras son la luz de la sombra que es el hombre.

Y, justamente, la palabra más cercana y repetida de ese hombre es su propio nombre. ¿Su nombre o “*Todos los nombres*”? El

nombre es la búsqueda de la identidad, la búsqueda de saber quiénes somos. Valga como ejemplo ese magistral ejercicio literario de “*El año de la muerte de Ricardo Reis*”, novela en la que Saramago busca a Pessoa a través de uno de sus heterónimos.

Porque ¿cuántos “*Sr. José*” hay en el mundo?. ¿Y en qué mundo?. Pareciera que la llamada nueva economía o nueva incivilización nos arrebatara lo más común y cercano, el nombre, para codificarnos en números del carnet de identidad o, peor aún, de la tarjeta de crédito o en el anonimato de una estadística, sirva ésta para contar los muertos después de una batalla o los inmigrantes que perecen en busca de su sueño y cuyos nombres nunca sabremos.

Como de un poeta y novelista estamos hablando, habremos de reparar en las metáforas que tan del gusto son de las personas dedicadas a las Letras. Porque hay metáforas que son mentira, que inventan la realidad. Y hay otras que son verdad y la crean. Son la mejor manera de explicar las cosas.

El clásico nos enseñó que “la verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero”. Yo, como José, prefiero la del porquero: las palabras gastadas que huelen, que se tocan. Esas que jamás entendió el Quijote:

*No veo Dulcineas, Don Quijote,
ni gigantes, ni islas, nada existe
de tu sueño de loco.
Sólo molinos, mujeres, Baratarias,
cosas reales que Sancho bien conoce
y para ti son poco.*

Y por eso, también la alegoría está presente en toda su obra. Una obra que refleja el dolor del existir humano. ¿Qué dolor no siente un alfarero cuyo barro ha perdido ya el sentido?. ¿Qué dolor no siente el señor José buscando su pasado en *“Todos los nombres”*?. ¿Qué dolor no siente quien ha perdido la mirada en *“Ensayo sobre la ceguera”* o el muecín que ha perdido el Oriente en *“La historia del cerco de Lisboa”*?. ¿Qué dolor, en fin, no siente el Dios que ha perdido las palabras para llamarse hombre en *“El evangelio según Jesucristo”*?

“Una vez más el imposible quedarse o la simple memoria de haber sido conforme se concluye que nada hay sobre la sombra que la criatura levanta como una piel desollada”.

De otra parte, José Saramago es un hombre profundamente fiel a sus convicciones y a sus ideas. Es un hombre de una transparente coherencia ideológica: comunista desde los tiempos de la Dictadura de Oliveira Salazar, luchó junto a miles de sus compatriotas por la libertad y la democracia en Portugal. Su militancia en la

izquierda y su capacidad crítica no han cedido ante el tiempo, los honores, los halagos o la fama.

Encontramos a Saramago (y sé que siempre lo encontraremos) en primera línea para denunciar la injusticia, la desigualdad, la insolidaridad, la pobreza, la deshumanización. Para defender causas que no están perdidas, a pesar del pensamiento único adormecedor de conciencias y estandarte del conformismo. Aquellas causas que tienen voluntad de transformación social y de creación de mejores condiciones de dignidad y calidad de vida: desde la defensa de las Comunidades Indígenas chiapatecas y, por extensión mexicanas, apoyando a la insurrección zapatista, a la defensa de los inmigrantes que una Europa miedosa y egoísta condena a la ilegalidad, a la esclavitud de la explotación y, en muchos casos, a la muerte en travesías indignas de la condición y dignidad humanas, pasando por la defensa de la libertad e independencia del pueblo saharauí o la rebelión ante una globalización económica que sólo promueve los intereses del gran capital y desprecia o pone en segundo plano las mejoras sociales que millones de hombres y mujeres necesitan y demandan. *“Fácil es jugar con cohetes*, escribe en uno de sus artículos, *cuando las lágrimas son de los otros. De todos nosotros”*. Reivindicando, en fin, la utopía como estructura de pensamiento y como instrumento de transformación.

Un intelectual, un creador comprometido que hace de la palabra un arma contra el silencio, contra todos los silencios cómplices.

*“Somos iguales que dioses, inventando
desde la soledad del mundo estas señales
como puentes que abrazan las distancias”*

Capaz de decir NO haciendo de su negativa la más hermosa afirmación de solidaridad; proyectando un haz de luz sobre la confusión que, desde la inicial “Alzados del suelo” hasta su trilogía Ensayo sobre la ceguera; Todos los nombres y La caverna, nos advierte de la necesidad de cambiar la vida para mudar de vida, para que ésta no se convierta en una *“comedia de engaños”*.

No sé si José Saramago es un hombre sin miedo.

*“Capaz de miedos, sí, más no de asombros.
Para asombros otra alma se precisa,
desnuda y desarmada.
Más de esa mano tosca cae la semilla
que sustenta a tu amo, y sin el pan
hasta el asombro es nada.”*

Pero estoy convencido de que sabe vencer el miedo y, en esa medida, nos enseña a superar nuestros miedos: el miedo a rebelarnos ante el conformismo; a no ser políticamente correctos; a decir NO al Poder cuando sea necesario; a ser críticos con nosotros mismos y con el mundo que nos ha tocado vivir. A vencer el

miedo de apostar por ser sujetos agentes, protagonistas de ese mundo; el miedo a quedarse en minoría, a ir contracorriente. En definitiva nos enseña a superar el miedo a mostrar que estamos vivos y somos libres. Y entonces *“tienen los pueblos las músicas que merecen”*.

Así, por su obra, su palabra, su creación, su compromiso y su actitud ante la vida es un honor para la Facultad de Filosofía y Letras apadrinar el ingreso de José Saramago en el Claustro de Doctores de esta Universidad cuyo fundador, el emperador Carlos V la denominó LITERARIA. Que su lección sea nuestro aprendizaje.

DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
D. JOSÉ SARAMAGO
CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA
COMO DOCTOR "HONORIS CAUSA"
POR LA UNIVERSIDAD DE GRANADA



Magnífico Rector de la Universidad de Granada
Ilustres Profesores,
Estimados Alumnos,
Señoras y Señores:

Al recibir la noticia de que la Universidad de Granada había decidido otorgarme el grado de Doctor Honoris Causa, experimenté dos emociones distintas que inmediatamente comenzaron a discutir entre sí privilegios de primacía y principalidad, tratando cada una de esgrimir sus razones, cada una reclamando de mí que me rindiese ante sus argumentos y la aceptase por exclusiva y única. La primera emoción (primera porque fue la inmediata) no se diferenciaba de otras sentidas anteriormente, siempre que universidades de este o de otro país entendieron que debían distinguirme con idéntica consideración. Para quien, como yo, ha llegado tarde a estos honores, cada uno que se manifieste será invariablemente recibido como novedad. Las razones de la se-

gunda emoción eran exteriores a esta Universidad de Granada, se enraizaban en fundamentos de orden sentimental y afectivo y, también, por decirlo así, antropológicos. Razón sentimental porque no es posible que nadie pase por esta ciudad sin quedar prendido a ella toda la vida por el recuerdo, razón afectiva porque determinaron las entidades celestes encargadas de velar por la felicidad de algunos afortunados que, precisamente entre Sevilla y Granada, entre este aquí y aquel allí, naciese y se criara la persona a quien más quiero en el mundo, y, finalmente, razón antropológica por motivos que van a constituir, por lo menos así lo deseo, lo más consistente de este discurso. A todo esto se une la gran satisfacción que me causó saber, tiempo atrás, que compartiría con el profesor y antiguo rector de esta Universidad, Federico Mayor Zaragoza, a quien tanto admiro y estimo, la solemnidad de este acto. Y ahora también la gratitud por la generosidad con que el profesor Miguel Gómez Oliver, viejo amigo, me ha presentado en este claustro.

Magnífico Rector, señoras y señores:

La paciencia y la perseverancia del tiempo son inagotables. Mientras la inquietante conciencia de la brevedad y de la precariedad de la existencia humana nos ha hecho concebir la vida como una especie de carrera de obstáculos en que la ansiedad, la urgencia, el miedo a la derrota y la angustia son las constantes más carac-

terísticas, el tiempo, el viejo Cronos, va, sin que nos demos cuenta, atando y desatando tranquilamente las puntas de los cabos sueltos que se nos habían olvidado o que queríamos olvidar, o que creíamos para siempre perdidos, y de repente, como por un desconcertante acto de magia, nos pone delante una realidad insólita e inesperada, una iluminación flagrante, gracias a la cual el momento en que nos encontramos, a primera vista simple, directo, cerrado en sí mismo, va a recuperar significados que nos proyectarán en otras direcciones, que nos lanzarán hacia otros lugares, hacia otros instantes, desde donde después retornaremos gratificados por haber accedido a una conciencia más dilatada y profunda de la vida, la de saber, o simplemente intuir, que, al fin y al cabo, nuestro tiempo es todo el tiempo pasado, no sólo el tiempo que hemos vivido sino también aquel tiempo que otros vivieron antes, el tiempo fragmentado y disperso de una pluralidad de existencias que sólo a través del conocimiento nos es posible aprehender y recuperar, incorporándolo a la persona que somos.

Cuando la idea de *La balsa de piedra* surgió en mi cabeza, allá por el distante año de 1985, tan distante que podemos decir, con entera propiedad, que es cosa del siglo pasado, ésta, la idea, no era nada más que la mera propuesta ficcional de un accidente geológico primario, el rompimiento del continente europeo por la cicatriz pirenaica. Quiso, sin embargo, el azar, auxiliar benévolo de los novelistas en aprietos de imaginación, aunque no siem-

pre tan fiel y puntual cuanto nos convendría, que pocas semanas después apareciese publicada en los periódicos portugueses una noticia en la que se hablaba del hallazgo de un vestigio humano, un pequeño hueso encontrado a raíz de las excavaciones realizadas en un lugar perdido de la provincia de Granada, cercano a un pueblo del que nunca había oído hablar en los días de mi vida: Orce. Decía la noticia, haciéndose al mismo tiempo eco de la encendida polémica que, entre defensores y detractores, ya entonces rodeaba al fósil, que podría encontrarse allí, ni más ni menos, un resto material de aquel que sería, en caso de que se confirmara la autenticidad del hallazgo y la edad que se le atribuía, el más antiguo hombre europeo conocido. La lectura de esta noticia me abrió horizontes y perspectivas que hasta ese momento estaban fuera del alcance de las fuerzas de mi imaginación. Con guantes blancos, en bandeja de plata, el azar quiso añadir la cuarta dimensión, que se dice que es el tiempo, a las tres dimensiones a que se limitaba la idea inicial, es decir, las comunes anchura, largura y altura de los procedimientos coetáneos que no ven más allá que la punta de su propia nariz. Tiemblo sólo de pensar lo que sería hoy *La balsa de piedra* si aquel día no hubiese comprado el periódico, o si, comprándolo, mis ojos no hubieran sido atraídos por el artículo en que, singularmente para los hábitos informativos de la prensa portuguesa, se hablaba de algo tan misterioso como un “Hombre de Orce”, un pedacito de hueso mal equilibrado sobre una de las ramas más bajas de nues-

tro árbol genealógico común, sirviendo de rústico pedestal a los *sapiens* y a los *sapiens sapiens* que deberían florecer mucho más tarde. En cuanto a mí, repito, me sabía servido, tenía a partir de ese momento un capitán idóneo para completar y comandar la tripulación de la balsa de piedra, un viejo llamado Pedro Orce, piedra también él, manipulador de medicinas en su botica de pueblo, sismógrafo humano capaz de percibir los más tenues temblores de la tierra, arpa sensible donde vibrarían de ahí en adelante todas las turbaciones de los sentidos y del espíritu. Rasgué, pues, sin vacilación, los Pirineos de un extremo a otro, empuje la balsa fuera del muelle europeo y, última y definitiva palabra, adiós, adiós, hasta nunca jamás.

Ahora bien todos sabemos que, en buena y honrada justicia, el tal “Hombre de Orce” no era de Orce de donde debería haber tomado el nombre, sino de Venta Micena, puesto que en ese desolado y árido lugar es donde el minúsculo y discutido residuo humano fue descubierto. Escrupuloso relator como siempre he sido, observador obstinado de la verdad histórica y de sus variantes, no podría, en sano juicio, conducir a mis personajes al dicho lugar de Venta Micena, como a tal me estaban obligando las peripecias de la narrativa, sin tener una idea suficientemente precisa del sitio, del paisaje, de los colores del suelo y del cielo, de las plantas, si las hubiera, de las piedras, que no faltarían, de las montañas que los mapas me garantizaban que allí hay. Decidí

entonces escribir una carta al poeta Antonio Carvajal, profesor también de esta Universidad, con quien pocos meses antes había tenido el placer de iniciar una relación de amistad, pidiéndole una descripción tan pormenorizada como fuera posible de Venta Micena y de sus alrededores. La respuesta no tardó, completa, minuciosa, capaz de proporcionarme amplia satisfacción si no se diera la circunstancia de que sufro el defecto, gravísimo para un novelista, de sólo ser capaz de imaginar partiendo de lo que he podido ver con mis propios ojos, o, para exponer de manera más clara lo que pretendo expresar, aquello sobre lo que, real y físicamente hablando, haya puesto mis propias manos y haya pisado con mis propios pies. La carta me aclaraba todo cuanto Antonio Carvajal hubiera podido ver y sentir en Venta Micena, pero no sobre lo que era indispensable que yo sintiese y viese. Sólo tenía, por tanto, una solución: ir a Venta Micena, casi mil quinientos kilómetros desde Lisboa y vuelta, por carreteras ora regulares, ora malas, ora pésimas. Fue, en la más completa acepción del término, una aventura. Dudo que Rodrigo de Triana, al avistar las luces en aquella noche del 11 de octubre, hubiese experimentado una emoción más fuerte que la mía cuando, al llegar a Venta Micena, paseé los ojos sobre aquellas tierras calcinadas por el sol, de una blancura lívida, como si el suelo que pisaba estuviese formado de huesos pulverizados. Conocéis seguramente mejor que yo ese paisaje, luego estoy dispensado de seguir describiéndolo.

Al final, y de acuerdo con los resultados de las más recientes investigaciones, aquel fragmento de cráneo del denominado “Hombre de Orce” parece ser, por lo menos, problemático, si no francamente dudoso. Catalogado bajo la sigla VM-0 (VM de Venta Micena, 0 como algo que no logró llegar a ser), duerme el sueño de los justos o del olvido en un anaquel a la espera de la descalificación definitiva o tal vez, quién sabe, de una nueva reconsideración científica que le restituya la importancia que durante algún tiempo tuvo. El yacimiento prehistórico de Venta Micena, hoy supongo que abandonado, se formó en una de las orillas del lago de Orce, una extensa zona de praderas y charcos de agua dulce estancada donde los animales iban a beber y donde muchos eran cazados y devorados por los grandes carnívoros, principalmente tigres de dientes de sable y perros salvajes. Lo que restaba de los cadáveres se lo llevaban las hienas hasta los charcos cercanos a las cuevas y allí, muchas veces, los huesos acababan hundiéndose en el lodo, de donde, más de un millón de años después, fueron recuperados. Es posible que el “Hombre de Orce”, al contrario de lo que se pensó, no sea realmente el más antiguo de los europeos, pero de lo que no sería lícito dudar es de que en aquella región vivieron grupos de seres humanos, como cabalmente lo demuestran las más de cien piezas de sílex allí encontradas. Podemos aceptar que el “Hombre de Orce”, de hecho, no existiera, pero que han existido “hombres de Orce”, hombres en Orce, esa certeza sí la tenemos. Cuatrocientos millones



de años más o menos, en este caso, no tienen la más mínima importancia...

¿Qué “hombres en Orce” eran éstos, entonces? ¿Y esas mujeres, y esos niños? ¿De dónde venían? ¿De qué color era su piel? ¿Sería blanca? ¿Sería negra? ¿O estaría simplemente sucia? ¿Cómo se comunicaban? ¿Qué creencias los unían? ¿Tenían una moral? ¿Se ayudaban los unos a los otros? ¿Circulaban por la derecha? De esa gente, de esos “hombres en Orce”, sólo sabemos que no podían ser andaluces, ni valencianos, ni catalanes. Que no eran gallegos, ni asturianos, ni vascos, ni navarros. Que tampoco eran castellanos, ni extremeños, ni aragoneses, ni manchegos, ni cántabros, ni riojanos, ni leoneses, ni baleares, ni canarios. Ni portugueses. ¿Quiénes eran esos hombres y esas mujeres, entonces? ¿Qué personas en Orce eran esas que nacieron, vivieron y murieron en la tierra de España cuando todavía faltaba más de un millón de años para que comenzara a haber España? ¿Vendrían del Sur, llegarían de África? ¿Dieron la vuelta a todo el mar Mediterráneo hasta conseguir llegar a Venta Micena? ¿Cuántos, enterrados o dejados para alimento de la fieras, quedaron por el camino? ¿Habrían osado atravesar el estrecho en balsa? ¿Se ahogaron muchos en la navegación? Y los supervivientes, ¿dónde están los supervivientes? ¿Se esconden de los tigres de dientes de sable? ¿De las hienas? ¿De los perros salvajes? ¿Quién se presenta para defender a los nuevos hombres, mujeres y niños de Orce? ¿Saben de qué estoy hablando? ¿Lo saben?

Magnífico Rector de la Universidad de Granada:

No faltará quien le diga que perdí el discurso o que acabé perdiéndome en él. No lo crea. Créame mejor a mí, que pocas veces en la vida he estado tan cerca de mi brújula como en este momento. Y si insisten que mi discurso ha rebajado la solemnidad de acto académico para el que generosamente he sido llamado, tampoco lo crea. Porque no existe en el mundo nada más solemne que la simple vida humana, y de ella he estado hablando. De la vida humana. De esos “hombres de Orce” que fuimos en el pasado, de esos “hombres de Orce” que muchos siguen, injustamente, siendo hoy.

Muchas gracias.



Biblioteca Universitaria de Granada



01042336